

Enrique Cabrera *

Los derechos históricos del agua

En torno al agua no hay discusión que se precie que no esté dominada por posiciones marcadamente encontradas. Por ello, habilitar soluciones no es tarea simple. Requiere interlocutores con capacidad para analizar el problema desde la óptica de quien defiende la postura contraria. Lo cual, habiendo tanta historia e intereses de por medio, resulta difícil. Viene esta reflexión al hilo de la polémica suscitada por el plan hidrológico del Júcar entre nuestra Comunidad y la de Castilla-La Mancha.

Un observador imparcial, de ello no hay duda, de inmediato comprendería las poderosas razones que cada parte esgrime. Y concluiría que resulta imposible arbitrar una solución consensuada si previamente cada una de las partes no se ha ejercitado eficazmente en la autocrítica.

Es curioso constatar que el famoso plan ha posibilitado hacer un frente común por parte de nuestros regantes, aparcando seculares disputas (Júcar-Vinalopó) al haberse enarbolado de manera conjunta la bandera de nuestras *concesiones históricas*. Frente a ello, los regantes de Castilla-La Mancha tienen también derecho a pensar que, por ejemplo, Hernán Cortés conquistó el imperio azteca y, sin embargo, ahora Méjico no pertenece a España. Tras tres siglos de propiedad, los *derechos históricos* prescribieron. Y es que tal vez ninguno de estos derechos alcance, a lo largo de la historia, el calificativo de eternos.

El derecho al uso del río, seamos sensatos, lo tienen todas aquellas tierras que lo ven pasar. Y en contra de Castilla-La Mancha hay que decir que el hecho de que estén aguas arriba no les confiere prioridad alguna en su uso. Hay, pues, que buscar el equilibrio.

Debemos, sin duda, sentirnos orgullosos de quienes nos precedieron. Dieron al agua su auténtico valor. Con su esfuerzo desarrollaron una economía agraria de la que casi todos los valencianos hemos vivido. Desarrollaron unos sistemas de riego que, ubicados en el tiempo en que se realiza-

ron, son dignos del mayor de los elogios. Pero el manchego, que no ha vivido el imponente esfuerzo de las generaciones que nos precedieron, difícilmente comprenderá que disponiendo de tierras fértiles y de modernas técnicas agronómicas que posibilitan cultivos antaño inimaginables, no pueda ahora desarrollarlos sencillamente porque llega siglos más tarde que el agricultor de aguas abajo. Y ello viene a pasar 365 días al año el río, lleno de agua, por su vera.

En nuestra opinión, los *derechos históricos*, entendidos en un amplio contexto, son una de las causas fundamentales que impiden racionalizar el uso del agua en España. A esta cuestión dedicábamos una reciente reflexión (*El País*, 27-5-97) y concluíamos que tanto nuestra estructura de gestión como nuestra cultura del uso, basada en buena medida en los *derechos históricos*, impiden el avance hacia un verdadero desarrollo sostenible. Y es que si nuestros abuelos vieran el mundo en el que hoy vivimos, tal vez lo único que les resultaría familiar es que, en media, regamos como ellos ya lo hacían. Lo demás, todo, prácticamente todo, ha cambiado.

El agua, se dice, es sagrada. Y ello equivale, las más de las veces, a inmovilismo. Todos defienden los privilegios adquiridos y sólo se admiten cambios a mejor. Por ejemplo, reivindicando el agua del Ebro. Nadie cede un ápice. Si hay que racionalizar los viejos riegos, pues que nos paguen las obras de mejora. Faltaría más.

Un ejemplo curioso. Es frecuente en nuestra Comunidad, ha acontecido recientemente en mi pueblo, que las fuerzas vivas agronómicas locales viajan a Israel. Van a ver cómo se riega y aprovecha hasta la última gota de agua. Se cuentan, a mí me han contado, maravillas. Pero nadie se interesa por los derechos históricos que allí puedan existir. Nadie pregunta cómo se gestiona el agua. Y, sin embargo, en la respuesta a estas preguntas se encuentra el origen de tales maravillas. No deja de ser curioso que todos vayan a ver unos efectos es-

pectaculares en tanto que se corre un tupido velo ante las causas que los originan.

Los problemas del agua son, y serán, cada vez más frecuentes. Los usos crecen mientras que los recursos son los mismos o, tal vez, admitiendo la posibilidad de cambio climático, disminuyen. Políticas expansionistas de antaño (presas y trasvases), a no ser que estén plenamente justificadas, comienzan a estar muy cuestionadas, no sólo en España, sino en cualquier país de alto nivel cultural. Alguna variante habrá que introducir para tratar de restituir un equilibrio del que progresivamente nos vamos alejando. El hecho de tener un Tribunal de las Aguas, del que ciertamente nos debemos sentir orgullosos, o de celebrar más conferencias internacionales del agua que ninguna otra comunidad autónoma, no nos va a dar la razón frente a los regantes de Castilla-La Mancha o del Ebro.

Sé que leyendo cuanto antecede algunos pensarán que no estamos defendiendo *lo nuestro*. Lo sé. Y, sin embargo, mi opinión es radicalmente la opuesta. El enroque actual, tratando de impedir que nada cambie, nos imposibilita caminar hacia un uso más eficiente del agua por el que, sin duda, también podríamos ser ejemplo de futuras generaciones. Como Israel. Lo bien cierto es que, de seguir como ahora, viviremos siempre de glorias pasadas.

Rigor, sentido común y capacidad para entender y adaptarse a estructuras y técnicas modernas, sin anclarnos en el pasado, es lo que necesitamos para resolver en el largo plazo nuestros problemas del agua. Definamos un proyecto de Estado futuro y moderno y comencemos a caminar en esa dirección. Sin prisas, pero también sin pausas. De otro modo, los problemas continuarán aumentando tanto en calidad, como en cantidad, ya que serán cada vez más frecuentes. De ello no tenemos la más mínima duda.

* Catedrático de mecánica de fluidos. Universidad Politécnica de Valencia.

Bastos

La politización de la arqueología

FERRAN BELDA

TRES veces le pregunto José R. Seguí a la catedrática Carmen Aranegui —Vid. Levante-EMV del domingo— qué está ocurriendo con la otrora célebre y respetada arqueología valenciana y otras tantas se le fue por las ramas la por lo demás comisaria de la exposición sobre cultura ibérica que este otoño recorrerá Europa. Que si parece que el rigor y la técnica heredados de Fletcher y Pla esté en crisis, que si se está marginando a determinadas especialistas, que si se está creando una arqueología paralela al mundo de la investigación y la enseñanza. ¡Corcho! ¿Tanto cuesta afirmar que entre José Aparicio Pérez, quien se equivocó 17 siglos a la hora de datar una pieza, y Guillermo Morote, quien está lleno de prejuicios, que si se está cargando un prestigio de lustros? Tal parece a juzgar por las cautelas que se ha tomado esta respetada profesora. Y es que aquí se ha politizado hasta la arqueología. Majadería que no debería sorprendernos habida cuenta de los esfuerzos que están haciendo algunos por retrasar el origen de la lengua de los valencianos a un brumoso período que va del Neolítico superior a la caída del reino moro. Ya se sabe: «Abans moros...»

□ Otra de ambigüedad calculada. Como quiera que no es la primera vez que el presidente de la Generalidad nos previene sobre este particular y ya en la anterior ocasión me quedé con las ganas de pedirle una aclaración complementaria, de ésta no pasa. ¿Tendría la bondad, pues, de ser un poco más concreto y contamos a quién se refiere cuando habla de no caer en «la trampa de quien quiere dividirnos»? Lo digo porque así como yo estoy absolutamente convencido de que no alude a su casera, hasta allí podría llegar su osadía, no es descartable que otros piensen que sí y sería bueno que nos sacara de dudas. ¿Al fin y al cabo, los políticos están para eso, ¿no?

□ Al cabo tendrá razón el arzobispo. Hemos perdido en el cambio. Tomo prestado un argumento del presidente de ACPV, Joan F. Mira, para concluir que Lizondo por lo menos hablaba en valenciano; no lo dejó en herencia, ni lo empleó para ninguna tarea digna, pero al menos lo chapurró hasta su muerte, que lo que es su sustituto en la siempre desagradable tarea de «dividir» a los valencianos —en palabras de Eduardo Zaplana—, digo del otrora camisa azul Juan G¹, ni eso. Aparte de a la transformación de una derrota jurídica en un éxito de público, el viernes asistimos a un traspaso de poderes, si no al nacimiento de una nueva estrella del matonismo. De ahí que UV no deba hacerse ilusiones al respecto. El coronel ya tiene quien le escriba a toque de pito. Que Dios nos pille confesados.

La cita

El cine es la única arma de precisión que permite matar a la muerte

Jean Cocteau